



Psicología evolutiva y de la educación. Investigando retos y riesgos de las relaciones interpersonales entre iguales

Sr. Rector Magnífico, autoridades, querido Decano, estimados compañeros y compañeras, queridos alumnos y alumnas

Me toca hoy daros la bienvenida al curso académico y he pensado hacerlo con una lección en la que hablaré de Psicología. Esa ciencia, aparentemente popular, pero realmente un poco desconocida en una Universidad, la nuestra, en la que rodeados de veterinarios, bioquímicos y agrónomos, los psicólogos y psicólogas pasamos bastante desapercibidos.

La psicología, ciencia en la cual, estimado alumnado, no podríais, hoy por hoy, graduaros en la Universidad de Córdoba, pero, paradójicamente, podríais llegar a ser máster y doctores.

Presentaré algunas ideas que han justificado el devenir de mi tarea universitaria, tratando de investigar y transferir conocimiento, siempre al servicio de la mejora de la educación, y por ende, de la vida de los ciudadanos y ciudadanas, que es, como suele decir nuestro rector, la meta de toda universidad pública.

La ciencia psicológica: somos cerebros sociales

Aunque en pocas cosas estamos de acuerdo los psicólogos y psicólogas, hay una que no plantea duda alguna: la psicología es la ciencia de la conducta y la actividad humana. Pero más allá del foco central de nuestra tarea, la psicología es amplia y diversa. Una amplitud y diversidad, que desde su dimensión científica, proporciona el conocimiento y la orientación de una importante parte de las prácticas educativas.



Si bien la psicología es una ciencia única, con un objetivo epistemológico bien definido en la conducta, sus condicionantes, sus procesos, sus encadenadas consecuencias y la posibilidad de ser optimizada al servicio del bienestar y del progreso personal y social, hay tantos matices en ella como perspectivas o miradas investigadoras. Mencionaré las más relevantes.

La mirada psicobiológica es, posiblemente, la más básica porque, como individuos, nuestra dimensión psicofisiológica y particularmente neurofisiológica contiene los procesos que explican la mayoría de los hechos conductuales. En el otro extremo paradigmático está la dimensión social, que atraviesa la conducta y actividad humana desde su naturaleza antropológica y cultural. Sin el dominio y la comprensión de los factores neurológicos y psicosociales, no se puede entender al ser humano, y sin asumir que son complementarios, tampoco. Somos cerebros sociales.

Un tercer nivel, en este análisis, hay que buscarlo en el proceso de cambio. Nada es estable y fijo en el hecho psicológico a cualquier nivel que lo observemos. Somos lo que somos hoy, en la medida en que hemos ido permitiendo que el paso del tiempo, la experiencia y el aprendizaje hayan actuado sobre quiénes fuimos ayer. Ello está incluido en la definición de nuestra personalidad que, por otro lado, es única y bien definida en cada momento.

Todo cambia porque los factores que componen cualquiera de los constructos de la psicología, son a su vez complejos y cambiantes. Transformación, y en general progreso en autonomía y competencia del individuo, definen el núcleo conceptual de la psicología del desarrollo. Ello no excluye, en absoluto, una dimensión que nos remite a la psicología más apreciada socialmente por ser foco de la práctica profesional: normalidad versus desajuste y psicopatología. Pero, no me ocuparé aquí de la práctica psicológica y por tanto pasaré de puntillas por la psicología de la salud, aunque no sin antes valorar la importancia que tiene.



La psicología evolutiva: el life span y el life long learning

El campo de la Psicología evolutiva, denominada en el ámbito anglosajón, *Developmental Psychology*, aporta el conocimiento sobre la homogeneidad y la heterogeneidad del cambio, sobre cuáles son las leyes, condicionantes y patrones que impulsan el despliegue de las potencialidades cognitivas, emocionales y sociales.

La psicología de la educación y el desarrollo focaliza su tarea en la optimización de los contextos de crianza y aprendizaje. Es la que se ocupa del equilibrio entre la maduración psicobiológica y su articulación con los procesos sociales, especialmente los educativos. En cada periodo de nuestra vida, siendo los mismos no somos iguales. El tiempo y las experiencias vitales nos constituyen, nos transforman y nos modulan.

La sonrisa de un bebé contiene ya la potencialidad de llegar a ser un adulto inteligente y capaz, pero será el proceso de crianza y aprendizaje al que el mundo le someta lo que determinará si, con esa misma sonrisa, se llega a ser un adulto equilibrado, ajustado a los retos y oportunidades que el mundo le vaya ofreciendo, o será un adulto con dificultades para el logro del pleno dominio de su propia identidad y con problemas de integración social, u otros que le hagan difícil la vida.

Es el proceso de aprendizaje lo que va configurando las grandes pautas del desarrollo y lo que nos va construyendo en los exquisitos detalles que hacen de cada uno de nosotros un ser inteligente, capaz y atractivo para los demás. Y no hay que dudar que ser inteligente y atractivo para los demás resultan claves para la vida social que cada uno desea tener.

Sobre el cambio humano hay algunos mitos que conviene desmentir. El primero, la creencia de que los cambios suceden solo durante la infancia. Desde los años sesenta hemos incluido entre los principios básicos de nuestra disciplina que hay transformación desde el nacimiento, y que somos seres cambiantes hasta el final. Cambios que, en general, y para una importante mayoría afortunada, suelen significar progreso en términos de autonomía, personalidad, equilibrio emocional y competencia para asumir



las tareas y los retos a los que la vida nos enfrenta, incluida la vejez y la muerte. El *life Span* y el *life long learning* son principios paradigmáticos de nuestra disciplina, lo mismo que el evolucionismo lo es para las ciencias biológicas.

Otro mito a dejar caer es la creencia, ampliamente difundida, que parece suponer que el individuo evoluciona y cambia sólo, por sí mismo, y al margen del entorno. No es cierto.

La contribución de la psicología ecológica, a partir de los constituyentes años setenta estableció que ninguna transformación es el resultado de un solo factor, ni mucho menos de estímulos simples o aislados.

En los años cuarenta y cincuenta, dominados por un behaviorismo algo extremo y limitante, se popularizó nuestra disciplina con un error de simplificación. Aquellas descripciones de unidad mínima, basadas en la ley del estímulo-respuesta -sin duda una importantes unidad de análisis de ciertos aprendizajes básicos, por otro lado- trasladada a la interpretación de la conducta compleja, dibujó un cuadro gris y poco interesante del ser humano, reducido al sumatorio de repertorios de conductas que se refuerzan o se inhiben. Como se ha dicho: una caja negra cuyo interior no se conoce; un cubo vacío cuyo interior no interesa.

La brillante aportación teórica de Uri Bronfenbrenner y el renaciente movimiento de la psicología cognitiva a partir de los años setenta puso en el centro de la diana explicativa, el estudio de los procesos psicológicos básicos, desde la atención a la inteligencia, y el papel del pensamiento bien construido. La complejidad interpretativa de la memoria, como base del proceso de aprendizaje, y la competencia de la mente humana para comprender e interpretar el mundo, haciendo uso de mecanismos mentales no del todo evidentes, pero sí bien definidos y operativizados.



Psicología de la educación: el proyecto cosmopolita

El sujeto psicológico hace uso de su propia conciencia para conocer, comprender y actuar con autonomía y libertad, desde su propia motivación y entusiasmo. La psicología cognitiva, bien planteada en los interesantes años treinta europeos, por gigantes como Vygotski y Piaget y retomada en los fructíferos años setenta americanos, ya con formato de ciencia cognitiva y de la enseñanza - *instructional psychology*- por grandes psicólogos como Bruner, estimuló mi pasión por la investigación científica en el ámbito de la educación y el desarrollo.

La educación es una práctica social con poderosas raíces sociopolíticas que demanda la aportación de todas las ciencias, pero cuyo núcleo central se articula con los principios de la ciencia psicoevolutiva, ya que toda acción educativa, se dirige, o debería dirigirse, al crecimiento y el desarrollo de los individuos y las comunidades, mediante la optimización del aprendizaje. En este sentido, como afirma Giddens hay que repensar la naturaleza y los efectos de las prácticas sociales.

En la actualidad, la globalización económica, la mundialización de la información y la tecnología, junto a los nuevos sistemas de producción y distribución, dibujan nuevos parámetros para interpretar los procesos educativos, pero también para localizar los retos y los riesgos. El reto está en lograr una educación para todos como aportación a la idea de que un mundo mejor es posible.

La educación, como sistema de práctica social, no puede ser ciega ni a la economía ni a la sociopolítica, pero tampoco debería actuar de espaldas a la potencialidad transformadora que tiene el aprendizaje humano. Hemos propuesto el concepto de proyecto cosmopolita para denominar lo que consideramos un reto global y universalista de la educación. Un proyecto que no elude que es la inversión económica en el sistema educativo, lo que permitirá que la calidad de las prácticas educativas transformen a niños y niñas en ciudadanos de pleno derecho y con plenas competencias. Pero que tampoco avanzará si no disponemos de una formación de los maestros y



maestras bien sustentada en conocimiento científico sobre cómo se logra el aprendizaje que produce desarrollo.

He dedicado mi tarea investigadora a construir conocimiento que sea relevante para la mejora de la calidad del sistema educativo, en algunos aspectos que me parecen centrales: el estudio de las relaciones interpersonales, como núcleo de la convivencia, la actividad y la comunicación en la que tienen lugar los procesos de aprendizaje. En la ecuación de la acción educativa, es la intención de enseñar de unos y el deseo de aprender de otros, lo que produce el milagro.

Investigando las relaciones interpersonales positivas: el juego infantil y la construcción del conocimiento y la sociabilidad

En los años de la infancia, entre todas las actividades que generan desarrollo, destaca una: el juego. El juego infantil nace como una derivada emocionalmente gratificante de la acción y el pensamiento. Los niños pequeños juegan para iniciarse y atreverse a nuevos retos, para reafirmar su saber hacer y su saber pensar, lejos de la presión a la que los adultos les someten. Jugando se aprende la lógica de la combinatoria y los elementos del criterio moral, valorando la importancia del consenso democrático sobre las normas que regulan la vida social. Jugando se aprende a hipotetizar el comportamiento de los otros y a estar prevenido sobre las buenas y las malas intenciones de los demás.

Las investigaciones sobre el juego infantil, a las que dediqué los primeros años de mi vida académica, lograron convencerme, y convencer a algunos otros, de que es necesario que, durante los años preescolares y de escolaridad primaria, docentes y familias ofrezcan a niños y niñas la oportunidad de ejercer la libertad de sus iniciativas y el derecho a equivocarse, que incluye toda actividad humana, mediante prácticas lúdicas y aprendizajes satisfactorios. Pero sobre todo, lograron convencerme de que el esquema social de participación interactiva y la convivencia, son el contexto inmediato



en el cual tiene lugar el aprendizaje y la adquisición de pautas de autonomía y competencia ejecutiva y de pensamiento.

El trabajo sobre la bondad evolutiva que tienen las relaciones interpersonales, siempre presentes en los juegos infantiles, me llevó a explorar, más tarde, la cara oscura de las propias relaciones interpersonales entre iguales: la violencia entre los compañeros escolares. En 1990, en una estancia investigadora en Reino Unido, en la universidad de Sheffield, descubrí el problema del acoso escolar que representa, precisamente, la quiebra de los valores socio-morales que están presentes en los juegos infantiles.

Riesgos en las relaciones interpersonales: investigando bullying y cyberbullying

El acoso entre compañeros, conocido internacionalmente como *bullying*, es un fenómeno de violencia, básicamente psicológica y verbal, pero también física y relacional, al que un chico o chica, o grupo, somete a otro de forma gratuita e inmoral. El maltrato, intencional y prolongado en el tiempo, transforma los vínculos amistosos y cooperativos y los sustituye por un esquema de dominio-sumisión. He definido el acoso como un fenómeno de agresión injustificada.

Los efectos del *bullying* son perniciosos para todos los implicados: la víctima, que ve reducir su prestigio social y su autoestima; el agresor, que encuentra, en la impunidad en que se desenvuelve su conducta, una forma de desplegar y reforzar un comportamiento inmoral que marcará su desarrollo en sentido muy negativo; y los espectadores, y por ende todos los que rodean al siniestro juego del acoso, que observarán cómo la injusticia es tolerada por el entorno. Pero el fenómeno del acoso tiene también efectos muy negativos sobre la convivencia, que se deteriora en sus principios éticos con efectos en todos los aspectos de la vida escolar.

Hay que decir, inmediatamente, que el acoso escolar no es en absoluto una epidemia que esté infectando las escuelas actuales. Fenómenos de crueldad infantil han existido desde siempre. Cualquier adulto puede recordar, cómo en sus años infantiles, alguno de sus compañeros fue injustamente elegido como cabeza de turco, para ser destinatario de



la bromas del pequeño matoncillo. Hoy sigue pasando, muchas veces haciendo uso de las tecnologías de la información y la comunicación.

Efectivamente, usamos Internet para adquirir y comunicar información, para estar abiertos al mundo y también para establecer procesos lúdicos y afectivos, de pasatiempo y ocio. El uso de dispositivos digitales para estar simplemente conectado con otro está dando a esta herramienta una dimensión que no sospechábamos, porque es ya masivo entre adolescentes y jóvenes. El último informe del Instituto Nacional de Estadística afirma que entre los 10 y los 15 años, el 92% son usuarios cotidianos de Internet. Adolescentes y jóvenes, a través de las redes sociales, están construyendo un nuevo escenario: la ciberconvivencia.

Las llamadas redes sociales virtuales permiten una comunicación fluida y espontánea que los jóvenes están usando, a veces inconscientemente para expresar su permanente necesidad de comunicación y exposición. La ciberconducta impacta en aspectos muy concretos de la personalidad, la conformación de la identidad, la vida emocional y la autoestima.

Los entornos virtuales, reclamados para cualquier proceso interactivo, exigen dominio tanto de la tecnología implícita en los propios dispositivos, como del lenguaje que a través de ellos se obtiene. Pero sobre todo exigen la plena comprensión de los beneficios y riesgos que la comunicación social, no totalmente controlada, conlleva.

Ello reclama formación específica, educación apropiada, que ni las familias ni las escuelas están ofreciendo. La consecuencia de ello es que no somos iguales ante las exigencias y el uso de las tecnologías de la información y la comunicación y por tanto no estamos preparados, por igual, para asumir la potencialidad y los riesgos de la ciberconducta.

Es evidente que se puede, y en general se hace, un uso positivo y constructivo, de los dispositivos digitales que amplían el escenario de la convivencia entre los iguales y estimulan, o pueden estimular, el aprendizaje. Pero también lo es que se han abierto nuevos riesgos, entre los que cabe destacar, la ciber-adicción, la victimización por parte de adultos inmorales o perturbados -el llamado *grooming*-; también, el sexting -o



exhibición y difusión de actitudes y conductas impropiedades sexuales- y el más frecuente, el *ciberacoso*.

Cuando un grupo de compañeros que comparten una red social, excluyen intencionadamente a otro; cuando alguien suplanta la identidad digital de otra, haciéndose pasar por ella y actuando maliciosamente; cuando cuelga imágenes íntimas de otra persona, añade comentarios indeseables a imágenes inocentes, o envía a terceras personas información falsa o privada de otro, estamos ante fenómenos de agresión gratuita de efectos perniciosos para el equilibrio emocional de la víctima.

El ciberagresor, como el agresor directo, tiene la intención de dañar a su víctima, se aprovecha de su mayor dominio tecnológico, sabe que su conducta tendrá efectos dañinos, y con frecuencia, oculta su identidad, o justifica, torticeramente, su comportamiento moralmente inaceptable.

La ingenuidad o la falta de competencia digital que a veces tienen los niños y niñas que se convierten en víctimas del *cyberbullying* actúan haciéndolas vulnerables. La dimensión privado-público y la intervención de una audiencia amplia e incontrolable, vienen a completar el cuadro de características del *cyberbullying*, y se debate actualmente si estas nuevas dimensiones hacen del mismo un problema aun más dañino que el ya nefasto acoso escolar.

Retos y riesgos adolescentes: el cortejo juvenil y el riesgo de dating violence

Las investigaciones sobre las relaciones interpersonales entre los iguales, sus caras positivas, como los juegos en la primera infancia; y sus caras negativas, como el *bullying*, nos ha llevado a incluir en la agenda científica estudios sobre la evolución de dichas relaciones en años juveniles.

Años en los que el grupo de iguales modifica sus estructuras para incluir el inicio del cortejo y la emoción del amor. Cada vez más precozmente, los jóvenes buscan



explorar los sentimientos de intimidad y el despliegue de sus competencias erótico-sexuales, como tarea psicoevolutiva.

Sin olvidar el paradigma cognitivo-evolutivo y sin apartarnos de una investigación aplicada que vierta sus conocimientos a la mejora de la calidad de la educación, hemos analizado los beneficios evolutivos de la pareja juvenil.

Aprender a amar y ser amado, y a convivir en pareja de forma positiva y gratificante, resulta importante. Para ello, hay evitar el riesgo de que en la vida de pareja aniden formas precoces de violencia. Un constructo conocido como *dating violence*.

Más del 40% de las parejas juveniles reconocen que están presentes, en su comunicación y vínculo afectivo, formas de violencia: insultos, celos, intentos de dominio y control sobre el compañero o compañera, manipulación de los sentimientos del otro, etc.

La violencia en el marco de la intimidad de la pareja juvenil, va creando esquemas erróneos de tratamiento y resolución de conflictos, que pueden estar en la base de lo que luego se conocerá como violencia de género. Porque cuando se mezcla el amor con el abuso y el control posesivo, el riesgo de violencia aumenta.

Los profesores de Educación Secundaria saben hasta qué punto algunos de los conflictos que emergen en sus aulas tienen detrás un problema de celos, abuso psicológico, físico o sexual en el interior de las emergentes e inestables parejitas de novios. Sin embargo, tampoco esta dimensión de la vida emocional de los jóvenes está siendo objeto de la atención educativa ni escolar ni familiar.

Por nuestra parte, hemos diseñado, implementado y evaluado, en línea con el modelo de intervención basada en la evidencia científica, programas educativos dirigidos a la prevención de la violencia en la pareja juvenil, mediante la formación para asumir los nuevos sentimientos del amor erótico. Programas educativos para ayudar a



los docentes a enseñar las claves del amor de pareja y la forma de evitar la violencia machista.

Desconexión moral: una teoría para interpretar la violencia interpersonal

No concluiré sin aportar alguna aproximación a los fundamentos teóricos desde los cuales, en el marco de la psicología del desarrollo y la educación y desde una perspectiva cognitivo-emocional, hemos investigado los problemas de la violencia escolar y juvenil. La violencia, toda, desde la que afecta a la estructura de la sociedad, con sus matices culturales, hasta el simple insulto o falta de respeto que algunas personas expresan a otras, no tiene ningún origen que naturalice su tolerancia. El comportamiento violento se aprende como fallas del proceso de formación de la personalidad y los valores morales que escuela y familia intentan transmitir a niños y jóvenes.

Es el contexto social, a veces cuajado de inequidad y mala educación, el que lleva a algunos a adquirir formas erróneas de modular sus emociones y de enfrentar los conflictos mediante el abuso de poder. Bandura y sus colaboradores han desarrollado una teoría que explica que el violento y el que sufre violencia suele pervertir el ordinario funcionamiento de la autorregulación moral, mediante la desconexión de sus elementos: acción, emoción e interpretación. Digamos que el malo sabe que lo que hace está mal, pero se las arregla para desconectar su acción de sus sentimientos y producir interpretaciones tergiversadas de lo que hace y dice.

El pensamiento egocéntrico, eufemismo, difusión y desplazamiento de responsabilidad, comparación ventajosa, distorsión de consecuencias, deshumanización y atribución de culpa, son algunos de estos mecanismos de *moral disengagement*.

Existe un fuerte apoyo empírico a la teoría de la desconexión moral en todos los ámbitos de la vida social. Particularmente, los chicos y chicas implicados como agresores de sus compañeros, sea en bullying o cyberbullying, utilizan más mecanismos de desconexión moral que los no implicados.



UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Acto de apertura. Curso 2014/2015.

Lección inaugural, por Rosario Ortega Ruiz

Agradecimientos

Y acabo ya, pero no sin antes expresar mi agradecimiento a quienes han sido y siguen siendo mis compañeros y compañeras de viaje en esta tarea docente e investigadora.

Un equipo de antiguos alumnos y alumnas y actuales buenos colegas con el que trabajo en el laboratorio de estudios sobre convivencia y prevención de la violencia (www.uco.es/laecovi). Es un privilegio trabajar con ellos y ellas.

Agradecer también a mis compañeros y compañeras de departamento de psicología y de la facultad de ciencias de la educación, a quienes aquí represento, y, en general, a la Universidad de Córdoba que me acogió hace pronto catorce años y donde siempre me he sentido querida y respetada.

En realidad es un privilegio trabajar en la universidad cuando se aman las dos tareas: la investigación, sin la cual la docencia puede llegar a ser rutina y repetición. Y la enseñanza, que permite diseminar nuestro trabajo e incorporar al mismo el pensamiento, la originalidad y el entusiasmo de los jóvenes a los que tratamos de educar. Ambas tareas han sido, y todavía lo son, mi pasión y mi motivación intelectual y social.

Muchas gracias